

XVIII.

Los Sauces, tan concurridos generalmente, ofrecían el otoño de 1845 un aspecto que no les era habitual, pues solamente contaban con tres personas, la Condesa, su hija, y aquel joven que la acompañaba todos los años y que se podría tomar fácilmente por su hijo también. Eran nada más que tres en aquellos grandes salones vacíos, tres para pasearse por las grandes calles de árboles del silencioso jardín.

La verja no se abría más que una vez al día para dar paso al carruaje de la señora de Scudemor, que iba á pasear por los caminos cercanos un par de horas por la tarde, para disfrutar del sol de Octubre, tan dulce en Normandía, que la mujer más delicadamente hermosa puede recibirlo de lleno en el rostro con el velo levantado.

Muchas veces Camila permanecía en el castillo, y aquellos días eran felices para Allán, que entonces podía hablar de su amor á la Condesa, porque, como se ha visto, la intimidad

entre ambos no podía existir. La confianza tiene algo de misterioso y retraído; se siente que existe, pero al exterior no manifiesta ninguna de sus delicias. Mas á falta de esa intimidad indescriptible, cuya falta lamentaba Allán amargamente, se esforzaba por crear otra más grosera, pero también importante y fatal.

El joven no sabía lo que hacía: obedecía á las leyes de un sentimiento que deseaba conocer, porque conocer es poseer en algún modo; pero la señora de Scudemor lo sabía por él; así es que él le entregaba todo su pensamiento como ella le había entregado su vida. Tenía en ella el *yo* tan poco sitio en el lenguaje que usaba, que no era sino un lugar común elegante y desvanecido, magnífica abstracción que había comprado á fuerza de sufrimientos, imposible á cualquiera otra mujer que no fuera ella; pero cuando hablaba con su amante, volvía á recobrar su personalidad, no en interés de su amor, sino por apresurar su fin todo lo posible.

Á todas sus preguntas respondía analizándose con minuciosidad hasta en los más recónditos repliegues de su alma, porque esto, en parte, era entregarse otra vez; y entregarse mucho, entregarse siempre, es provocar el fastidio, que concluye con las pasiones.

De esta manera, arrastrados como sibaritas por briosos caballos, aquellos niños mi-

mados de la civilización, aquellos *dichosos*, aquellos *ricos*, como se decía alrededor suyo, paseaban sus ocios indolentes en una de las más bellas campiñas del mundo; y tal vez al pasar suscitaban el murmullo del hombre del trabajo, encorvado desde la mañana hasta la noche sobre la tierra, por más que la vida tuviese también para ellos pesares y llevasen escrito sobre la frente algo que proclamaba su igualdad ante el dolor, justificando á la Providencia.

Iseult, á pesar de la belleza que se advertía en ella, vista con esas melancólicas luces de la tarde, cuyos rayos la doraban como una poética ruína festoneada de verde yedra, era en realidad más vieja y estaba más encorvada que la mendiga que se sentaba entre los guijarros que bordeaban el camino, y Allán, el hermoso adolescente de formas indecisas, estaba más envejecido que las mujeres de la aldea que tenían niños de su edad. Ambos sufrían un mal desconocido. Su aspecto era tranquilo, sus actitudes indolentes y llenas de abandono; pero, como la pobre mujer que escarba la tierra con sus uñas, como el trabajador que empapa la tierra con el sudor de su frente, tenían también una tarea bastante ruda que cumplir.

Hablaban, pero apenas se les veía mover

los labios; y si las ruedas no hubieran hecho ruido alguno al girar en sus ejes, hubiérase podido oír el murmullo de sus palabras elocuentes y armoniosas, pero ininteligibles para las sencillas gentes de los campos.

—Iseult (dijo Allán en uno de aquellos paseos); me habéis contado vuestra vida; pero no me habéis dicho nada de lo que os ha acontecido después de vuestro último amor. Vos, cuya fuerza era tan asombrosa en un principio, ¿caísteis de un solo golpe en el abismo donde estáis ahora? ¿No habéis vuelto á luchar cuando aquel amor os vendió? Yo no sé de amor tanto como sabes tú, Iseult mía; pero he leído que el amor vendido tiene nobles refugios: el amor maternal y la amistad, para los más débiles; para las naturalezas fuertes, el pensamiento, y para unos y para otros, Dios....

—¡Dios! (respondió bajando la vista, como si no hubiera querido ver la idea de la Divinidad escrita en los magníficos horizontes en que el sol desaparecía lentamente): ¡Dios! es una palabra grave. Sale frecuentemente de mis labios, como si encontrase en pronunciarla un consuelo secreto; pero no sé si encierra otra cosa que ignorancia y cobardía. La idea de Dios es para mí siempre vaga y flotante, sin que haya adormecido jamás uno solo de mis dolores. Á fuerza de esclavizarme á unas

prácticas que son buenas cuando el corazón se interesa en ellas, malas cuando está interesado en otra parte, se había conseguido que desde mi infancia me disgustase de la religión. No viendo más objeto en la vida que la felicidad en el amor, había amado con furia, y en las prodigalidades de mi alma había agotado todos los perfumes á los piés de los mortales. El sentimiento religioso no es más que la necesidad de un apoyo, eterna debilidad que mantiene al hombre en una cruel esclavitud, á la que ha dado tantos nombres para no avergonzarse de ella. En esta debilidad he tenido mi parte y he sido su víctima. Cuando yo era más desgraciada, cuando las pasiones me habían herido más profundamente, quise endurecer mi pecho á los golpes, quise hacerme fuerte.... y muchas veces una lágrima, que no me era posible contener, dejaba su surco ardiente en la máscara de bronce que me encubría, y hubiera dado toda mi belleza porque esta lágrima no hubiera corrido, ni aun en la soledad en que la ocultaba. Voluntariamente hubiera cortado los magníficos rizos de mi espléndida cabellera, para contener la sangre que manaba de mis heridas. Entonces indudablemente hubiera podido apoyarme en la idea de Dios como me sostenía en mi orgullo. Pero muy luego una y otro me fueron inútiles. Me

desprecié á mí misma. No tenía necesidad de Dios, y ni aun pensé en él....

—¿Y la amistad?—dijo Allán.

—¡La amistad! La había despreciado cuando mi corazón poseía algo mejor que ella, y después la desprecié más todavía. Sentimiento bastardo y egoísta, es muchas veces la unión de dos vanidades que se apoyan mutuamente: es un arreglo para la vida que siempre desgarran miserables disentimientos ó intereses groseros. El amor es egoísta también, lo sé; pero al menos confunde su *yo* con otro *yo*, lo que no hace la amistad, que guarda el suyo por entero. Sin duda se muere por un amigo, ó se puede sufrir por él; pero ¿quién puede morir, y qué prueba un sufrimiento aislado? Lo que no hace, lo que no puede hacer la amistad, es aceptar los defectos del carácter, las aberraciones del espíritu, amar á pesar de los suplicios de la vanidad, no obstante el desprecio de la inteligencia, sufriendo el fastidio de todos los días. ¿Hay alguna superioridad que no deshaga estas relaciones combinadas por el egoísmo? Superioridad de talento, de belleza, de salud, de riquezas y hasta los favores hechos, todo le es funesto ó mortal. ¿No se dice que para que la amistad pueda existir es preciso que haya ciertos ángulos entrantes y salientes que se combinen juntos? ¿Qué sig-

nifica si no que la amistad no tiene existencia propia? Tiene tan poco valor por sí misma, que toma del amor las palabras que la expresan, y como si tuviera vergüenza de su postura, no habla jamás en su nombre. Dos amigos se estrechan la mano cuando se encuentran, y se tratan de tú en las cartas; pero ¿qué se dicen en toda su vida? Se hablan de sus intereses particulares, y jamás de su sentimiento. Confidencias que se cruzan cuando no se contradicen; pero todo sentimiento es exclusivo, y jamás ha habido un alma bastante pequeña ó bastante grande para vivir solamente de la amistad.

»Cuando había sido feliz no había tenido expansión alguna en el seno de ninguna amiga; pues mi corazón era bastante grande para contener mi felicidad. Cuando fui desgraciada, no arrojaba mis lágrimas al rostro de nadie; no tenía el egoísmo que quiere interesar por sus sufrimientos, y que goza con el afecto que inspira. ¿Qué hubiera encontrado á mi alrededor? La curiosidad que interroga, aplicando la uña á la herida, ó la compasión, que no es más que una lisonja. Por otra parte, os lo he dicho, no quería apoyarme en nadie, y no podía hallar consuelo en la amistad.

»En cuanto al amor maternal, mi último amor me le había arrebatado antes de marchi-

tarse. Yo no he amado nunca mucho á Camila, y si algunas caricias hechas á la pobre niña os han hecho sufrir, ahora sabéis el motivo por qué hacía unos halagos que no salían del corazón. Cuando yo hubiera debido amar á Camila, no amaba más que á Octavio, y esa niña, que venía perpetuamente á interponerse entre los dos, me había infligido atroces suplicios.... Si os he dicho que una vez la idea de mi hija me había impedido recurrir al suicidio, es tal vez porque la amaba muy poco. El reproche de no amar me hizo ser generosa.... pero esa generosidad no duró más que la idea del suicidio, que supone la fuerza del cobarde, la fuerza para huir. Yo había llegado entonces al extremo de la debilidad, y la debilidad me hizo obrar como obran las almas fuertes. El abatimiento ocupó el lugar de la resistencia, y soporté la vida porque en el anonadamiento universal de las facultades de mi alma me era tan indiferente vivir como morir.

—¡Oh, desgraciada, desgraciada! (exclamó Allán). ¿Y nunca, ni un momento tan sólo, os habéis creído menos infeliz? ¿No habéis elevado nunca vuestra vista para mirar ese cielo cuya serenidad fortifica, apoyada una mano en la cabeza de vuestra hija y contemplando esta magnífica naturaleza? Al ver el horizonte purificado de las nubes vespertinas,

¿no os habéis dicho nunca, como presintiendo algún destello de esperanza, «Vamos, mañana hará buen día?»

—No, Allán, nunca: la desgracia y el amor me han ocultado la naturaleza: el derecho de asilo en ese vasto templo no existía para mí. Por esa razón, Allán, no me he retirado del mundo y he acabado la vida en el mismo lugar en que había vivido: no he huído, porque á ninguna parte que fuera hubiera podido huir de mí. Era demasiado desgraciada para que nada pudiera afectarme, y tomé parte en esa vida ociosa de los salones, en que no hallaba nada que me pesara. Hay gentes que se cubren la cabeza de ceniza y visten luto por su felicidad; pueden ser veraces, y ni los condeno ni los acuso: hay otros que blanquean el sepulcro, y también pueden sentirlo así; pero yo seguí por indiferencia con los frívolos adornos de mujer.

»Lo mismo que el mundo llegaron á ser los libros para mí. Yo había nacido con muy buenas facultades; pero en mi infancia se me enseñó únicamente el catecismo, y cuando dejé el convento tenían ya las pasiones mucho dominio sobre mí para pensar en cultivar mi espíritu; y cuando fui desgraciada, que quise refugiarme en los libros, sólo me sirvieron para aumentar el peso de mi infortunio, por lo que no tardé en rechazarlos.

Hubiera podido hablar mucho tiempo sin que Allán pensara en interrumpirla; pero el carruaje se detuvo á la entrada del castillo, y él pensaba únicamente en lo corta que era la tarde que pasaba sentado á su lado, oyendo á aquella mujer descubrir sus sentimientos y presentándose de aquel modo á su amante con la sencillez de un alma sincera.

Habíase puesto la Condesa, para preservarse del aire húmedo de los pantanos, una piel, y aquel boa de marta se asemejaba á una serpiente, que, después de haberla ahogado entre sus anillos, se hubiese dormido enlazada á su víctima sin haberse podido desprender de ella.

## XIX.

Aquel paseo vespertino era la única señal de que se hallaban en el país los señores de los Sauces, tan diferentes entonces de lo que eran todos los años. La tristeza de las tres personas que habitaban en el castillo ponía más de realce aún aquella soledad.

Allán se mostraba cada día más sombrío, más arrebatado, cuando no se hallaba á solas con la señora de Scudemor, irritándose su pasión cada vez más por la fuerza de sus resentimientos y por tener que disimular sus tormentos ocultos.

En la frente de Camila se dibujaba como una sombra de los cuidados de Allán. Las bruscas respuestas del egoísta joven la habían vuelto tan tímida como fogosa era en otro tiempo. Advertíase una cosa interior en aquella niña, que por tanto tiempo había sido tan arrebatadamente alegre, que obligaba á preguntarse con inquietud al que la observaba, qué

llegaría á ser de ella el día que no riera ya con aquella franca alegría.

Y ese día había llegado, habiéndose poco á poco retirado la risa de sus labios. La señora de Scudemor sabía que la conducta tan diferente del joven para con su compañera tenía que herir su susceptibilidad; pero no había procurado averiguar el sentimiento que desarrollaran en su alma las caricias y la ternura que éste le había demostrado antes, cuando ella la había siempre recibido con tanta frialdad.

Además, en presencia de su madre, cuya mirada era siempre de una fijeza extrema, la niña se mostraba más reservada que triste. Ya no había aquellos sueños tan raros que le ocurrían, cuando paseaba sola por el campo, durante la enfermedad de Allán, dejando ver una dulce seriedad y vagas miradas. En presencia de la señora Scudemor, se recogía en sí misma, echando de menos esa expresión protectora de los ojos de las madres que Camila no conocía. Entre los desheredados de este mundo, los más desgraciados son los desheredados de sus madres, pobres huérfanos del corazón, bien dignos de lástima. Para Camila, el sentimiento fraternal del joven había reemplazado todo el cariño que le faltaba en otra parte.... ¿y había algo que extrañar si sentía tanto la pérdida de ese sentimiento?

Únicamente que ya no dejaba escapar las quejas infantiles que en otro tiempo exhalaba, cuando la variación del carácter de su joven amigo empezó á martirizarla: al contrario, lo ocultaba todo en su pecho, que había sido herido tan cruelmente.

El mayor mal que causaba la pasión de Allán, era tal vez el dolor impuesto á la inocente niña, que nada había hecho para sufrir tanto, puesto que desde que la condesa de Scudemor había dejado de ser una madre para Allán, como lo era de Camila, el joven se había vuelto para con su hermana adoptiva feroz como un buitre herido.

Sin embargo, los celos que una simple caricia habían excitado, se habían confundido en otros mucho mayores, que no tenían por objeto aquella niña, símbolo detestado de una afección á otro, sino que comprendían todo el pasado de aquella mujer tan fatalmente amada, y esto era lo que ahora tenía el joven que odiar y que temer.

Pero había en sus celos otro hecho más terrible que los envenenaba: él amaba, y no era amado; pero no había nadie que fuera preferido. Si en aquel corazón que no le pertenecía hubiera habido una preferencia para otro, existiría al menos la posibilidad de la venganza; pero ni aun este consuelo tenía. Amaba, y no

aurora, salía del cuarto de la señora de Scudemor tan pálido como Romeo al separarse de Julieta; pero su palidez no era como la de Romeo, producida por la felicidad gozada en los brazos de su amada, sino por el dolor que sentía en lo más recóndito de su alma, que se transparentaba en su frente.

## XX.

Una media acababa de resonar en el reloj; no se sabía de qué hora, pero indudablemente todos dormían en los Sauces de mucho tiempo antes. Solamente ellos velaban, como dos culpables ó como dos seres llenos de felicidad. El uno colmaba de caricias á la mujer que había obtenido su primer amor, y la otra practicaba el último sacrificio de que era capaz. El uno amaba y conocía que su amor era inútil, y que nunca sería correspondido, lo que le producía una horrible angustia, y la otra demostraba una indecible simpatía, temerosa de que el amor que ella inspiraba destruyese aquella vida que había querido salvar á costa de la suya.

—Déjame (decía él como si temiese una resistencia después de tantos abandonos); mírame, y que yo te vea.

Y con la mano en la frente de Iseult, la rechazaba hacia atrás, mientras que con la otra la estrechaba contra su pecho.

Los hombros de la Condesa, medio velados bajo la muselina trasluciente, aparecían ligeramente redondeados por la postura que tenía en aquel momento, más bien sentada que acostada, apoyándose sobre un brazo, y con el otro extendido de modo que su mano blanca, un poco larga, pero muy expresiva, aparecía con mayor gracia todavía.

La alcoba estaba sombría, porque la lámpara que ardía en la mesa de noche apenas desvanecía las tinieblas á través de las cortinas que rodeaban el lecho, alumbrado sólo por los espejos que reflejaban la luz.

En la expresión de Allán se notaba algo de delirio; pero éste no era sino el último soplo de la tempestad pasada; un suspiro más del pecho quebrantado; un momento de paz transitoria en los días de tormento.

Su idea devoradora, la idea de que no le amaba aquella mujer, surgía de nuevo en la tranquilidad momentánea de una voluptuosidad hugolina, que pediría bien pronto su alimento carnal. Obligándola á mirarle, y al hundir sus ojos en otros siempre distraídos, Allán buscaba una nueva embriaguez para no pensar en que Iseult no le amaba.

Ella le miró; pero en el fondo de sus pupilas, que no indicaban la menor voluptuosidad, hubiérase dicho que oscilaba un pensamiento

más soñador que los que de ordinario se retrataban en ellas.

—¿En qué pensáis?—preguntó él.

—Pensaba en que hace cuatro meses estaba yo sola en este mismo lugar, y me levantaba para escribiros lo que vos sabéis; y en este momento me preguntaba si no hubiera habido otro medio de salvaros....

Las cejas de Allán se frunció con lentitud; pero ningún otro movimiento indicó lo que pasaba en su interior; únicamente la mano que rodeaba el cuello de la Condesa aflojó gradualmente. Una palabra verdadera, buena, inocente, había interrumpido la caricia empezada, como el dedo de un niño deja caer un fruto maduro nada más que tocándole.

No duró mucho el abandono melancólico de Allán; pero fué el alma la que en el fondo de su amor lo hizo desaparecer. ¡No puede pedirse tanto á la pobre naturaleza humana! Al caer el brazo desde los hombros al lecho, tal vez encontró un tejido más duro, la expansión de una forma más excitante de voluptuosidad y de misterio, una revelación de desnudez entre los pliegues del traje de cama; un contacto estremecedor, pero imperceptible, fué más que suficiente para que el pecho se ensanchara y volviese la tempestad que apenas concluyera con sus aterradores murmullos.

—¡Oh! (exclamó, después de un largo rato de silencio, con voz estridente y descompuesta.) Yo no he amado nunca más que tu belleza, y la tengo en mis brazos; en mis sueños más ardientes no he deseado más que verte así estrechada contra mi pecho, y ya te tengo; ¿qué me importa lo demás?

Y el desgraciado se reía.

—¡El amor, no es amor (prosignió), más que porque llena la vida, y si al llenarla la hace estallar, tanto mejor! ¿No eres mía, Iseult? Te tengo en mis brazos.... y ¡soy feliz!

Y proclamaba su felicidad con un acento que hacía estremecer.

Pero la expiación siguió de cerca á la blasfemia. Sus sentidos palpitaban todavía con la felicidad que pregonaba, cuando ya el corazón protestaba con una negación sublime; las lágrimas ahogaron su risa impía, y después de todas las fanfarronadas de la victoria, un grito de angustia, tan desesperado como su risa anterior, se escapó de su pecho.

—Aun cuando lo digo, no puedo creerlo, Iseult (dijo): no es verdad que soy feliz. No es verdad que el amor sea lo que he dicho. El amor es ser amado, y yo.... ¡soy muy desgraciado!....

La Condesa se compadeció al ver aquella

amargura, y tratando de consolarle, le dijo con su voz más armoniosa:

—¡Sí; sois desgraciado, Allán; pero no os abandonéis de ese modo á la desesperación! ¡Tened un poco de valor en nombre mío, ya que tanto me amáis!....

Pobre mujer, y también muy desgraciada, porque conocía su impotencia, y experimentaba también una agonía terrible.

—¡Oh! (replicó Allán, levantando la cara húmeda por las lágrimas que derramaba): ¡mejor quiero los celos que antes sufría, que la agonía que ahora me mata! ¡Todo menos esta pena á que estoy condenado; esto es intolerable: yo te amo, y tú no me amas!....

Muchas veces le había visto sucumbir á ese pensamiento, pero nunca con tanta fuerza como aquella noche funesta, y su impasibilidad, á la que había llegado por la lástima, como otras llegan por la fuerza, se conmovía ante aquellos dolores, que de buena gana hubiera calmado; pero era una cosa imposible.

De pronto la cogió el cuello con sus dos manos, con tanta violencia como si tratara de estrangularla, diciéndole con rabia:

—¡Oh! vuélveme mis antiguos celos; háblame de tus amantes, de los que te han hecho gozar....; háblame de tu amor á Octavio....

Y siguió por este camino, lanzándole mil

impropios, desvariando, y presa de la más espantosa desesperación. Luego se detuvo, con los labios llenos de una espuma blanquecina y los ojos lívidos.

Ella... divina como una mujer insultada que nada tiene que perdonar, había cruzado sus brazos sobre su pecho medio desnudo, como para defenderle cuando había tratado de desgarrar las telas que lo cubrían, permaneciendo desde aquel momento en la misma actitud, oyéndole hablar sin horror y sin miedo.

Aquel espectáculo volvió al joven á la razón; y espantado de sí mismo, exclamó:

—¿Qué es lo que he dicho? ¿Te he ofendido, Iseult?

—No he oído más que una cosa (contestó, con una misericordia inagotable); y es que sufríais mucho, pobre amigo mío.

Y le tendió una mano, que él se apresuró á besar, llenándola de lágrimas, pero no tan amargas como las que antes había vertido.

No todas las noches ocurrían escenas tan crueles; pero no pasaba una en que no se vendiese el dolor de Allán, porque un deseo más noble y no menos exigente, que no podía conseguir, se despertaba en su alma.

La flor de voluptuosidad, que libaba con toda su alma, contenía, como las hojas del laurel cerezo, un veneno corrosivo y mortal.

Semejábase á aquel loco desgraciado, cuya historia, poco conocida, es tanto más conmovedora, cuanto que es el espejo de la vida de muchos de nosotros. Un loco se enamoró perdidamente de una hoja de espada. ¡Novia altiva y cruel como ninguna! Pero era esbelta, dócil y graciosa como una niña. Cuando la plegaba contra el suelo, erguía-se como la serpiente traidora. De su cuerpo se desprendían hermosos reflejos azulados, que fascinaban del mismo modo que atraen los ojos adorables é irresistibles de la mujer, cuya perfidia se conoce. Acaso el pobre loco encontraba analogías en todo esto... Fuera lo que fuese, la bella homicida no respondía á sus caricias más que con sangre. Sangre para sus besos y para sus abrazos, sangre en las manos, en el pecho, en los labios. Un día, en amoroso abrazo, la hizo penetrar en su corazón hasta el puño. ¡Ah! ¿Por qué Allán, y como Allán nosotros, al estrechar entre los brazos á esas mujeres demasado amadas, verdaderas espadas afiladas que nos destrozan, no lo hacemos con bastante fuerza para causarnos una herida bastante profunda y ancha, lo suficiente para que amor y vida se escaparan al mismo tiempo de nuestro cuerpo?

Sin embargo, debemos convenir en que el implacable dolor que sufría y le hacía perder

los más hermosos años de su juventud, era en el fondo una ancha herida, una desesperación que tenía también su grandeza. Es la primera vez que la úlcera sea más bella que la púrpura que la cubre; pero esta úlcera venía del alma, y todo lo que de ella procede es sagrado.

Fatigada por la dolorosa escena que había tenido lugar, la señora de Scudemor se había dormido. Sus cabellos permanecían esparcidos. Su seno descubierto. Allán, agarrado á una de las columnas del lecho, de rodillas, fijaba en ella una mirada, en la que se retrataba la tristeza y el entusiasmo: admiraba aquella exuberancia de vida, aquel lujo de fuerza y de reposo. Inclinado sobre aquel seno inmóvil, escuchaba los latidos de aquel corazón que indicaban el torrente de vida que circulaba en aquella organización poderosa, pero inútil....; miraba en aquel cuello de tan suaves contornos la huella brutal que habían dejado sus dedos en un raptó de furor que se reprochaba.

—¡Oh! (pensaba en su contemplación.) ¡Tanta juventud aún, y no ser mía! ¡Qué hermosa sería si el amor la animase todavía con uno de sus más débiles rayos! ¡Con qué impetuosidad me arrojaría á gozarle, aunque sólo durase un momento y con él se anonadase mi vida! ¡Cuán dulce sería esa muerte!....

Y lloraba. Y sus lágrimas caían lenta y silenciosamente sobre el seno de la Condesa, donde se secaban, tan inútiles como si cayeran sobre una tumba.

¡Cosa extraña! Lloraba por la vida, como otros lloran por la muerte. Pero al mismo tiempo que lloraba por aquella existencia que se deslizaba cerca de sus labios burlándose, y que no podía aspirar y absorber en su alma, gemía también por la pérdida de su corazón, apagado, muerto.

XXI.

El recuerdo de aquella noche cruel vino á mezclarse como una visión fúnebre á todos los pensamientos de la señora de Scudemor. Perseguida por el espectáculo de la desgracia bajo cuyo peso sucumbía Allán de Cynthry, registró en lo profundo de su alma si había algún otro sacrificio que hacer, para demostrar la piedad en nombre de la cual había obrado hasta entonces.

Lo que en aquella mujer había de admirable, lo que no se debilitaba en ella, lo que la sostenía, era la horrible esperanza de que la pasión del joven se extinguiera. En presencia de un amor que cualquiera otra mujer hubiera sentido orgullo en inspirar, ella no tenía un instante de turbación por aquella desoladora certeza.

El escepticismo de su ilusión no la había desengañado, y conservaba pura y profunda su fe en la nada. Atea tranquila, que confiaba en la muerte como el justo en las promesas de la